

La evaluación médica y la región ventromedial prefrontal del cerebro

Antonio Damasio en su libro *El error de Descartes* (Buenos Aires: Andrés Bello, 1995) describe el caso de un señor Elliot que fue operado de un meningioma frontal. El comportamiento social de Elliot cambió totalmente y de ser un individuo profesionalmente exitoso pasó a cometer una serie de errores que lo llevaron a la ruina. Lo interesante es que múltiples test para comprobar si existía un trastorno de la inteligencia o una reducción de los conocimientos resultaron totalmente normales. Esto le ha servido a Damasio para postular una hipótesis sobre la necesaria congruencia entre la racionalidad y los sentimientos en las tomas de decisiones.

He insistido repetidamente que la certificación de profesionales médicos exige una evaluación y que los exámenes no son suficientes para esta evaluación sino que se hace necesario el aval de una institución donde el profesional desarrolle una labor médica.

Mi impresión es que enseñamos calistenia y estrategias de pizarrón cuando queremos que se aprenda a jugar fútbol y evaluamos condiciones "físicas" y estrategias de pizarrón, no el juego de la medicina en nuestros exámenes. La asistencia médica es toma de decisiones, se decide sobre opciones que se plantea el médico en ese momento, no se decide sobre opciones que plantea otro. Uno puede decidir adecuadamente entre opciones pero ser incapaz de plantearse las opciones pertinentes o ser incapaz de descifrar el código del paciente o de los exámenes complementarios. Poco importará pues si toma decisiones correctas sobre opciones teóricas o aun falsas.

Las decisiones exigen opciones previas. ¿Cómo se eligen las opciones adecuadas?. Las opciones o alternativas diagnósticas exigen imaginarse la realidad; imaginar distintas realidades y predecir su probabilidad es un aspecto racional y de conocimientos. Pero esas diferentes probabilidades deben ser sometidas a juicios de valor, importancia, trascendencia de la decisión equivocada, valor individual y social de la decisión, enfoque ético-moral y aun económico; todo esto sólo se descubre "jugando" a la medicina, no en la "preparación física" o en el "pizarrón" de los exámenes.

Imaginar realidades adecuadas es ser capaz de descifrar el lenguaje de la historia clínica, el de la semiología y el de los exámenes complementarios. Se descifra el lenguaje como Champollion y se descubren los signos y se eligen las opciones como Sherlock Holmes. El método de Sherlock Holmes es como lo señala Peirce el de la abducción, no es la deducción de lo general a lo particular, ni la inducción de particulares a la generalización, es simplemente de lo particular a lo particular.

Descubrir si los médicos no tenemos una "lesión" ventromedial prefrontal sólo se descubre en la práctica, no en los exámenes. Los exámenes están diseñados para facilitar la acción de los evaluadores.

La certificación es una gran responsabilidad, no puede quedar limitada a evaluar "capacidades físicas" y "estrategias de pizarrón".

Hemos propuesto como método de examen que los aspirantes a ser certificados narren una historia clínica, propongan las opciones diagnósticas y las decisiones de ellas emanadas con el diseño habitual de elección múltiple y señalen cuál es la respuesta correcta y en qué casos particulares esa respuesta correcta es falsa o inadecuada. Saber gramática no es sólo saber las reglas, sino saber también las excepciones.

Reconozco que esto no es fácil de evaluar y exigirá más trabajo que la simple grilla que analiza el número o los números de las respuestas. Este método podrá sustituir eventualmente el aval cuando no exista o no se confíe en él pero sólo en la actividad médica se podrá evaluar la responsabilidad, el sentido común, la dedicación, la capacidad docente con colegas y pacientes, la aplicación de los conocimientos y la habilidad manual. La calidad médica exige todo esto, no alcanza a asegurarla el simple resultado de un examen de conocimientos.

Tampoco los avales servirán si no se otorgan responsablemente. Las instituciones en condiciones de otorgar avales deberán ser acreditadas para ello. La acreditación sólo deberá darse cuando se cumplan las condiciones de poder evaluar la responsabilidad, la dedicación, la capacidad docen-

te con pacientes y colegas, enfermeras y auxiliares y familiares de los pacientes, la destreza en el examen clínico y los procedimientos, la afectividad y la racionalidad en la relación médico-paciente y los comportamientos éticos.

La acreditación se perderá si se descubre falsedad en los juicios favorables del aval. Esta pérdida de la acreditación debería hacerse pública y por otra parte la institución avaladora debería hacerse co-responsable junto con las entidades certificantes ante la justicia en caso de que el médico certificado fuera objeto de querella por mala práctica. Todo esto con el objeto de crear conciencia de la responsabilidad que se asume en la evaluación.

En la administración pública la corrupción es robar y el enriquecimiento ilícito, en medicina la corrupción es la irresponsabilidad de no cumplir las obligaciones y falsear informes o resultados.

Alberto Agrest

Castex 3575, 1425 Buenos Aires

While change is the law, certain great ideas flow fresh through the ages, and control us effectually as in the days of Pericles. Mankind, it has been said, is always advancing, man is always the same. The love, hope, fear and faith that make humanity, and the elemental passions of the human heart, remain unchanged, and the secret of inspiration in any literature is the capacity to touch the cord that vibrates in a sympathy that knows not time nor place.

A pesar de que el cambio es ley, algunas grandes ideas fluyen frescas a través de los tiempos, y nos controlan eficazmente como en los días de Pericles. Se ha dicho que la humanidad avanza constantemente pero el hombre es siempre el mismo. El amor, el miedo y la fe que hacen a la humanidad, y las pasiones elementales del corazón humano, permanecen sin cambio, y el secreto de la inspiración en toda literatura reside en la habilidad de tocar la cuerda que vibra en una empatía que no conoce tiempo ni sitio.

William Osler (1849-1919)